



266 231

El marqués de Acaema. (Suplemento)



El escritor Pedro Prado recibe el Premio Nacional de Literatura 1949 de manos del ministro de Educación, Armando Mattet

## Pedro Prado y el embrujo del mar

Por Manuel Montecinos C. UN CLÁSICO CHILENO

“Nos hallamos ante uno de nuestros autores más inteligentes y profundos, para quien la vida fue siempre una invitación al pensamiento, la somera, el canto y el silencio, que se forja problemas, a menudo sin solución”, iniciamos el precioso artículo con estas palabras de Hernán Solar porque ellas expresan a cabalidad lo que fue ese gran señor de las letras nacionales de nombre Pedro Prado. Tuvimos oportunidad de verlo y de escuchar sus palabras bendichas de emoción cuando recibió el Premio Nacional. Los discursos -los buenos, por supuesto- suelen causar admiración por la sencillez de sus frases y la elocuencia de sus conceptos; otros no son tan brillantes, pero continúan a quien los escucha porque son muy sinceros, porque brotan del fondo del corazón. El discurso que pronunció Prado esa vez, a la par de hermoso, fue realmente emocionante porque, con maestría de auténtico poeta, evocó su infancia triste sin madre y trató la semblanza emotiva de su padre. Cuando se tocan estos temas, estas circunstancias, se corre el riesgo de caer en la sensibilidad barata. Al buen escritor no le sucede eso. Pedro Prado, en aquella ocasión, nos dejó un momento inolvidable, porque su

emoción fue expresada en frases concisas, firmes y claras. Como ya hemos dicho, él fue un verdadero poeta, un artista auténtico, un ser en que se unieron la fina sensibilidad, el buen gusto y el pensamiento mesurado y profundo. Como persona -según lo recordan los que lo trataron de cerca-, se distinguió por su carácter sereno, alejado de toda estridencia, de toda agitación que entorpeciera la claridad de su alma. Eso se advierte en su obra, y por eso ella nos atrae por la sobriedad de su estilo y la profundidad de sus conceptos. Cuando esto ocurre en una obra, decimos que estamos en presencia de un autor clásico. Una creación así concebida y tratada resiste el paso del tiempo, permanece más allá de las modas y los avatares de la vida artística. Consideramos, pues, que Pedro Prado es uno de nuestros clásicos y, por lo mismo, uno de los más sólidos pilares de nuestras letras. Y no sólo lo decimos nosotros. Son muchos los hombres de letras que han reconocido en juicios consensuados. Recordemos algunos. Gabriela Mistral lo calificó de “pícaro señor de nuestra vida literaria” y Pablo Neruda lo consideró “cabera de una extraordinaria generación”. El erudito y reconocido profesor Ricardo Lancham frecuentemente se refería a Prado con mucho respeto, porque sabía que había sido un valioso creador en una época crucial de nuestras letras y que, por lo mis-

mo, su obra merecía una honesta y serena revisión. Más adelante mencionaremos los juicios de otros estudiosos.

**NOTA BIOGRÁFICA**

Al igual que la de su amigo y compañero de generación Angel Crechaga Santa María -a quien nos referimos en nuestro artículo anterior- la biografía de Pedro Prado no es panteonista ni arrogante, pues nuestro escritor tuvo una existencia más bien tranquila, hasta plácida. Debido a su mismo carácter, prefirió siempre el apartamiento en su gran casona de la torre roja, la cual, pese a todo, fue el centro de una actividad literaria y artística modesta.

Pedro Prado nació en Santiago el 8 de octubre de 1886. Su padre fue un destacado médico y hombre de amplia cultura y carácter recto, aunque avaro. Su madre, una dama también muy distinguida, falleció prematuramente, lo que le impidió al futuro poeta gozar de uno de los mayores bienes del ser humano: el cariño maternal. Por eso, en la edad madura, al evocarla, escribió un hermosísimo soneto, cuya primera estrofa es muy decidida: “Yo soy aquel a quien no molesta curia de mujer en tierra lejána, un levezo taraceño, un aduana...”

Quisiera tal circunstancia se diera su manera de ser, según nos lo confiesa.

“Callado, solitario y pensativo, primario entre la madre que afloró...”

Su educación secundaria la recibió en el Instituto Nacional, donde fue un alumno brillante. Después ingresó a la Escuela de Arquitectura, pero nunca se tituló, aunque a veces ejerció esa profesión y escribió sobre ella. Durante algún tiempo trabajó como agrimensor en Rancagua, lugar en que simultáneamente se desarrolló brevemente como Jefe de Subdelegación. Probablemente esta experiencia le sirvió de base para su conocida novela “Un Juez Rancá”.

Realizó algunos viajes al extranjero. En 1912 fue a Lima, a participar en un congreso de estudiantes universitarios. Posteriormente viajó a Bolivia, Argentina y Europa. En 1927, fue nombrado Ministro de Chile en Colombia, lo cual le significó algunos problemas con sus amigos escritores, dada la situación política de nuestro país.

Lo más importante de su vida sin duda alguna es todo lo relacionado con la literatura, ya sea en su calidad de escritor o como impulsor de actividades literarias. En este último aspecto conviene recordar que fue uno de los fundadores de la “Revista Contemporánea” que tanta importancia tuvo en Santiago alrededor de 1900. Pero la actividad por la cual más se le recuerda es la fundación y posterior liderazgo del famoso grupo denominado “Los Diez”. En efecto, el año 1915, invitó a su gran casona del barrio Mapocho que entonces era muy distinto a lo que es ahora -a un grupo de amigos artistas: escritores, músicos, pintores. Este grupo tuvo una gran repercusión en el ambiente cultural santiaguino. En su época evoca al este conjunto de antiguos cultivadores de la belleza. Esta pequeña asociación inconsciente se ha vuelto ahora legendaria en Chile y se cuentan anécdotas reales e inventadas de quienes la formaron dirigidos por Pedro Prado. Pero en su tiempo, sólo era la reunión de un número ínfimo especificado de poetas, pintores, músicos y arquitectos, un otro sermón entre sí que la amistad. Fundaron una revista y una editorial para publicar no sólo sus obras, sino también las de quienes los habían precedido en este afán. Además de Prado, pertenecieron a “Los Diez” el crítico Armando Donoso, el poeta Magallanes Monte, el poeta Juan Francisco González, el músico Alfonso Leng, el arquitecto Julio Bertrand”. El crítico e historiador Raúl Silva Castro agrega otros nombres: Agustín D’Haur, Ernesto Guzmán, Alberto Rosal, Eduardo Barrios y el músico Acacio Cortáez. Sobre quienes y cuántos fueron realmente “Los Diez”, no hay pues, unanimidad. No fue un grupo cerrado y excluyente. En su seno poder tenemos un ejemplo de su revista y allí aparecen artículos, poemas y cuentos firmados por Gabriela Mistral, Edgardo Guerrero Méndez, Eduardo Maere y el pi-

tor Alberto Valenzuela Llanos, aparte de otros debido a la pluma de algunos de los nombrados anteriormente.

Por otra parte, varias obras importantes de nuestra literatura vieron la luz pública gracias al patrocinio de este grupo. De modo que su actuación no fue tan intrascendente; al contrario, podría decirse que fue una palanca para el progreso de nuestras letras.

Todos coinciden en afirmar que el alma de esta cofradía fue, por supuesto Pedro Prado, quien sabía actuar con propensión al gana. Por eso, del mismo modo todos recuerdan con agrado y gratitud su hospitalidad, sus siempre cordiales acogidas y su charla amena, interesante, no exenta de detalles humorísticos. Sería luego incluir aquí los testimonios que dejaron algunos de esos cofrades.

Pedro Prado, este notable escritor y amigo de escritores, falleció en Villa del Mar el 31 de enero de 1952. Sus restos mortales fueron velados en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, como un reconocimiento de su aporte a la cultura nacional.

### SU OBRA

Pedro Prado fue un escritor formado y multifacético. Alongó su obra en su amplia gama de géneros cultivados: “Prosas, poemas, novelas, autor de cuentos, ensayos y divagaciones; su personalidad múltiple, en que siempre, tras la imagen serena, de plácida belleza, asoma un pensamiento trascendental, una vaga filosofía con algo del Oriente, destaca entre sus contemporáneos como uno de los tres figuras de primer plano, alta y solidamente prestigiosa” (Las Cien Mejores Poesías Chilenas, pág. 117).

Es interesante esta cita porque además el exigente crítico valora la obra total de Prado, a la vez que ubica a este autor en su lugar como entre sus pares.

No vamos a consignar aquí la larga lista de todos sus libros, sólo recordaremos los más importantes y significativos, en especial aquellos que más de algún recuerdo nos traen a nuestros lectores. En el campo de la novela, hay tres títulos: “La Rima de Rapa-Nui”, “Un juez rural” y “Mama”.

Esta última es una obra muy singular, es que se mezcla el cristianismo rural chileno con la mitología griega. Ese niño alado tiene ciertas connotaciones con el Dedalo helénico. Un comentarista dice que si Pedro Prado no le hubiera rendido tanto tributo al constructivismo naturalista, esto es, si no se hubiera preocupado en demasía del versismo, de reproducir fielmente la realidad empírica y hubiera dado libre curso a su fantasía, habría escrito una obra excepcional. Es que entonces no estaba de moda el realismo sociológico, tan usado por los novelistas actuales.

Ya que hablamos de naturalismo, recordemos que Prado también escribió cuentos. Mencionaremos uno en especial: “Pueblo Maote”. En él, lo más valioso no está en la estructura del relato -

# Pedro Prado y el embrujo del mar [artículo] Manuel Montecinos C.

Libros y documentos

## **AUTORÍA**

Montecinos Caro, Manuel, 1928-

## **FECHA DE PUBLICACIÓN**

1995

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

Pedro Prado y el embrujo del mar [artículo] Manuel Montecinos C. retr.

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile